



ROCÍO BREA CONTRERAS
**PROYECTO
ACLIS**

TUS ACTOS, TUS CONSECUENCIAS





CAPÍTULO 4.1

GritaComoPuedas80:

No quería pasarme, perdón si te he incomodado.

¿Sigues ahí?

Sofía resopló, hastiada, mientras colgaba al fin el teléfono. Entornó los ojos para enfocar la pantalla y sacudió la cabeza, incrédula.

Diecisiete minutos y veintitrés segundos. ¿En serio los lloriqueos de Fran habían devorado más de diecisiete minutos de su tiempo? ¡No era su primera muerte! Él había tomado la decisión de matar a aquel policía, de perseguirlo, de acorralarlo, ¿y luego tenía la desfachatez de llamarla de madrugada para que lo ayudara a lidiar con ello? Ya sabía que era inestable y dependiente, pero que se derrumbara de una manera semejante al verse forzado a improvisar... Incapaz de asumir las consecuencias de sus actos, para variar.

Cada día lo tenía más claro: los sentimientos eran una lacra. Les habían nublado el juicio a casi todos los sujetos a los que se había visto obligada a eliminar, igual que a Fran. Que amenazaran su puesto como observadora en las sombras era algo que no podía permitir. No cuando estaba en juego el trabajo de su vida.

Se puso las gafas, cogió una libreta que tenía al lado del teclado y anotó sus conclusiones sobre el sujeto número doscientos treinta y dos. Suspiró.



Adoptar un enfoque tan directo entrañaba demasiados riesgos; casi siempre terminaba de esa forma. Solía prometerse que no volvería a utilizar un acercamiento semejante, pero, si la situación lo requería, estaba dispuesta a asumir el precio. Pasara lo que pasase, viviría o moriría con ello; sería el resultado de su propia decisión.

Dejó el lápiz y se centró en el ordenador. Si tardaba más en responder a Sara, la perdería. No le apetecía nada tratar con sus penas después de haber lidiado con las de Fran, pero, ya que la mujer por fin se había sincerado, no podía perder la oportunidad. No todos los días se presentaba la posibilidad de contemplar una elección como aquella.

¿Le haría caso a su psicóloga, una persona con autoridad, estable, a la que conocía desde hacía años y que ya la había ayudado una vez a salir del pozo de miseria que era su vida? ¿U optaría por seguir el consejo de su «amigo de internet», una persona anónima que había conocido en foros perturbadores y que, claramente, ya había matado con anterioridad?

Sonrió. Los dedos volaron por el teclado.

BrainMaster00:

Perdona, cariño, estaba atando un cabo suelto ;)

En realidad, me dejé un cazo al fuego y era salir corriendo o quemar la casa, pero ¿a que me ha quedado una frase chula?



CAPÍTULO 4.2

—Tú siempre, siempre sabes qué hacer para que me sienta bien, Del.

Sofía sonrió, afectuosa, interpretando su papel. Fran era demasiado fácil de manipular. Alzó una mano enguantada para impedir que el hombre pecoso le tendiera las hojas que acababa de escribir.

—No es necesario que yo lo lea, Fran; ya lo sabes. —Él asintió y las dejó sobre una mesita baja, a su izquierda, justo al lado del sofá en el que estaban sentados—. ¿Entiendo que ya estás mejor? ¿Te has calmado?

—Sí. Gracias. —Tragó saliva y se pasó la mano por el corto cabello oscuro, revolviéndolo aún más. El miedo lo atenazó y redujo su voz a un susurro—. Pero ¿qué va a pasar con ese policía?

—Hiciste cuanto pudiste con lo que tenías. —Sofía se encogió de hombros. Aprovechó para deslizar la mano hacia su bolso, a su derecha, oculto de la vista de Fran—. Es lo que ocurre al actuar por impulsos; ¿recuerdas lo que sucedió cuando mataste a tu madre?

—No fue lo mismo. Ella se lo merecía.

«Gran argumento, doscientos treinta y dos —pensó, irónica—. ¿Acaso esas chicas también se lo merecían?»

—No era la misma situación —dijo, en cambio, tras asir la pistola—, pero conseguiste pasarlo por un accidente. Y sin mi ayuda. Vale que aquí le pegaste un tiro tras un largo etcétera, eso es imposible de ocultar, pero borraste tus huellas, seguiste mis recomendaciones al pie de la letra. Hasta



me has dado tu arma. Me aseguraré de que no te relacionen con ella. Estás a salvo, ¿de acuerdo? Ten un poco de fe, Fran.

—Lo haré, Del —musitó—. Gracias.

—Ya me las has dado varias veces, no hace falta que...

—No. No por esto. O sea, sí, pero me refería a todo. —Carraspeó—. Tú siempre me dices que sea sincero, que debo sacarlo todo fuera. Y hay algo que no te he contado. —El dedo de Sofía se paralizó en el gatillo. ¿Qué habría hecho ahora? Consiguió controlar su expresión; solo arqueó una ceja—. Esto es algo que llevaba tiempo queriendo decirte y, si no lo hago ahora, no sé cuándo tendré otra oportunidad. —Fran cogió aire y lo soltó despacio—. Te quiero, Del. No de manera romántica, no me malinterpretes —añadió con rapidez, agitando las manos—. Es que, desde que te conocí, desde que me dijiste que comprendías por qué lo había hecho, lo supe. Supe que tendrías que haber sido tú la que me hubiera criado, no ella. Esa mala víbora siempre me hizo sentir inferior, jamás me reconoció nada: Yo era una decepción constante hiciera lo que hiciera. Pero tú siempre me has alentado, me has dado la confianza que cualquier madre debería dar a su hijo. ¡Si ni siquiera te has enfadado por lo de esta noche! —Le cogió la mano izquierda a Sofía—. Eres una santa, Del, la madre que siempre deseé tener. Necesitaba decírtelo. Eso es todo.

Sofía parpadeó y guardó silencio mientras procesaba la información. Se sintió tentada de soltar un suspiro de alivio. Le devolvió el apretón a Fran y le sonrió.

—Gracias. Ahora entiendo muchas cosas. —El hombre se relajó; parecía a punto de echarse a llorar—. Por un segundo casi creí que habías hecho alguna otra locura que podría salpicarme. En parte es un alivio, pero también una decepción. Predecible, si me apuras. Aunque eso significa que debería haberlo visto venir, quizá esté perdiendo facultades.

—¿Q-qué?

—No hace falta que lo entiendas.



Aprovechó el estupor de Fran para sacar al fin la pistola y le disparó en la sien, a quemarropa. Sangre y sesos volaron por el sofá, la mesita y la alfombra. Sofía contempló su obra durante un par de segundos, impasible.

No perdió el tiempo: le colocó el arma en la mano a Fran, apoyó su dedo en el gatillo y limpió la escasa evidencia que habría indicado su presencia en esa casa. Acto seguido se marchó y cerró con su llave, sin mirar atrás ni una sola vez.



CAPÍTULO 6.1

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido?

Sara se tomó su tiempo para contestar. Sofía no insistió. Sabía que a su paciente le costaba abrirse si era directa, pero después de la novecita que tanto ella como Fran le habían dado, no estaba para perder el tiempo ni la paciencia en charlas banales para ayudarla a soltarse. Sentada en el sillón verde de su consulta, a juego con el sofá donde Sara se había tumbado, mantuvo una postura erguida y la expresión firme, los ojos marrones fijos en su sujeto de estudio.

Tras varios minutos de toquetearse el largo cabello castaño oscuro y muchos suspiros, Sara al fin se dignó a abrir la boca.

—Fatal —respondió.

—¿En qué sentido?

Sara abrió los ojos y se giró hacia ella, entre sorprendida y cabreada por la pregunta.

—¿En serio? ¿Es necesario?

Sofía asintió sin alterarse por la brusquedad de su tono, aunque ocultó sus ganas de darle un buen bofetón. ¿A esas alturas, después de tantas sesiones, todavía no había aprendido cómo funcionaba la terapia? Esperaba que incluirla en su estudio mereciera la pena; como paciente, ya estaba harta de ella. Se armó de paciencia, se ajustó las gafas de cristales ovalados, cruzó la pierna izquierda sobre la derecha y se recogió un mechón de cabello castaño claro detrás de la oreja.



—Vamos, Sara, ya lo sabes —dijo con voz paciente y serena, interpretando su papel de psicóloga preocupada a la perfección. Sara volvió a apartar la mirada; sus ojos grises contemplaban el techo—. Estás aquí para hablar de lo que sientes, de lo que sufres, de lo que necesitas. No puedes guardarte nada dentro. Si no, no podré ayudarte.

—Es que no hay mucho que decir. Era una revista modesta, muy modesta. Y el puesto de trabajo parecía hecho para mí. Pero cuando me preguntaron por qué quería abandonar el Diario Dorado, me quedé en blanco. —Se le quebró la voz y se le escaparon algunas lágrimas—. ¿Qué iba a decirles? ¿Que me acuesto con mi jefa y que esta es la única forma que se me ocurre de dar el primer paso para dejarla, porque cara a cara no soy capaz? A partir de ahí, todo fue a peor.

Sofía se tragó un resoplido y se levantó para acercarle una caja de pañuelos. Sara cogió un par, se limpió las lágrimas y se sonó con fuerza.

—Jamás encontraré otro trabajo —dijo, todavía afectada.

—Eso no es cierto, Sara. —Sofía negó con la cabeza—. Si el problema ha sido la respuesta, solo debes prepararte una coherente y seguir intentándolo. No conozco a nadie a quien sus primeras entrevistas de trabajo le hayan salido perfectas. Date tiempo, aprende de tus errores y vuelve a intentarlo. La siguiente saldrá mejor.

Sara la observó de reojo. No le pareció convencida.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. Podemos hacer un simulacro, si quieres.

—No sé. —Sara torció el gesto.

—Sé lo que estás pensando —se adelantó Sofía—, pero prepararse ante situaciones desagradables es útil para, al final, poder afrontarlas. ¿Acaso no suspendiste algún examen en la facultad? —Sara asintió—. Pues esto es similar. Hay veces que, por mucho que uno se prepare, no siempre es capaz de aprobar o, en este caso, de hacerlo igual que en los ensayos. Pero



si al final superaste los exámenes y terminaste la carrera, esto también podrás conseguirlo.

—¿Y cuándo se supone que será?

—No lo sé. Depende de ti, no de mí.

Por la expresión de Sara, Sofía asumió que le había dolido su respuesta. Le costó mucho no ceder a su hastío. Siempre era lo mismo con ella; una y otra y otra vez, no aprendía.

—De todas formas —continuó, a pesar de todo, consciente de que por fin tenía una oportunidad para encauzar la conversación hacia lo que de verdad le interesaba—, por mucho que se le parezca, esto no es igual que un examen. Allí no puedes contar con ayuda externa, aquí sí. Como ya te he dicho en otras ocasiones, te ayudaría mucho reconectar con tu familia y amigos. —Suavizó un poco el tono de su voz—. Estás en una situación muy difícil, Sara, una que te está destrozando. Por mucho que mis sesiones te ayuden a sobrellevarlo, debes buscar a alguien más. Alguien cercano, que te apoye de una manera en la que yo no puedo hacerlo. Que incluso te ayude a poner fin a la relación con Raiko. Es importante que no sigas afrontando todo esto a solas.

—No estoy sola, yo...

Cerró la boca. Tarde.

—¿Internet? —indagó Sofía. Enarcó una ceja, metida en su papel—. Creía que ya lo habíamos dejado bien claro. Meterte en un sitio donde se reúnen tantos per... inadaptados, no es sano. Sobre todo, cuando hace que termines por odiarte a ti misma.

—¡Claro que no! Me ofendes, solo fue aquella noche —mintió Sara. A Sofía le costó no sonreír. Una pena no poder desvelarle que llevaban casi tres meses chateando por esos foros. De que ella era «BrainMasteroo». ¿Qué clase de reacción podría haberle provocado?

—Entonces ¿a quién te referías? Has dicho que no estás sola.



—Un compañero de trabajo —dijo a la desesperada—. Miguel. Su mesa está junto a la mía. Estos días hablamos más. Es majó.

—Bueno, es un primer paso. —Sofía sonrió. No la creyó—. Como ejercicio para la próxima sesión te propongo que alimentes un poco más esa relación. Adivinar si tenéis algún interés en común, por ejemplo. Nada complicado. ¿De acuerdo?

—Vale.

—Bien. Ahora, volvamos a tu entrevista. Durante lo que nos queda de sesión repasaremos las partes que fueron mal y cómo podrías haber contestado. No me mires así, Sara —dijo tras soltar un leve suspiro—. Ya te he dicho que es necesario.



CAPÍTULO 11.1

—Adelante.

Sofía analizó con curiosidad genuina al desconocido. Era un hombre entrado en años, casi calvo y con sobrepeso; en apariencia corriente como el que más, nada que no hubiera visto ya cientos de veces. Sin embargo, sus ojos azules, aun cansados, recorrieron tanto a ella como a su consulta de arriba abajo en tiempo récord. La alarmó e intrigó a partes iguales.

—Por favor, tome asiento —dijo mientras señalaba una de las sillas vacías al otro lado de su escritorio. El hombre asintió, dejó su maltratado abrigo gris sobre el respaldo y siguió su consejo—. Era el inspector Claro, ¿no?

—Cano. Lucas Cano. —La oleada de menta y alcohol que salió de su boca le dio a Sofía más datos de los que esperaba, información que no habría asociado jamás a una mirada tan, en apariencia, atenta. ¿Cuánto habría de fachada y cuánto de verdad en ella?—. Gracias por recibirme con tan poca antelación.

—No hay de qué. ¿Cómo iba a negarme después de lo ocurrido con Fran? —Sofía bajó la vista, con fingido pesar—. Aunque no lo entiendo. En las noticias han dejado bien claro que fue él quien violó y asesinó a esas universitarias, ¿acaso han encontrado algo que indique lo contrario? Apenas me comentó nada por teléfono.

—No. Todas las pruebas apuntan a él —dijo, huraño. Hizo ademán de coger algo de su abrigo, pero reculó casi enseguida. En su lugar, tambori-



leó con los dedos sobre el brazo de la silla—. Necesitábamos hablar con usted para verificar ciertos aspectos de su vida y dilucidar el porqué de sus actos. No podemos dejar ningún cabo suelto, espero que lo comprenda.

A Sofía no le gustó su actitud. Aquello sonaba a investigación abierta, no cerrada, como se suponía que debía estar. Y dado que el inspector parecía más molesto de lo que correspondía a un trámite rutinario y tenía pinta de tener ciertos problemas personales que no era capaz de excluir de su vida profesional, una de dos: o no estaba por la labor de tener que seguir con un caso que creía resuelto o no estaba contento con el resultado y lo estaba investigando por su cuenta. Fuera cual fuese la situación, no pintaba bien para ella. Implicaba que al menos una persona sospechaba que había algo más detrás.

—Lo comprendo —dijo, con el temple intacto. Por el momento mantendría su papel—. Y espero que usted también entienda que, ante todo, he de ceñirme a la confidencialidad que les debo a mis pacientes. No me malinterprete —añadió con rapidez, mientras alzaba una mano, cortando una protesta incipiente de Lucas—. Lo que Fran ha hecho es deleznable, no dude que cooperaré en lo que pueda, pero habrá ciertos detalles de nuestras sesiones que, aun muerto, no podré proporcionarle. Al menos no sin la debida orden, claro está.

—No es necesaria una orden para esto —gruñó Lucas, a todas luces disconforme, a pesar de que trató de ocultarlo—. Solo necesito verificar sus motivos para acudir a terapia, cómo fue su evolución y cómo diría que era su estado de ánimo durante las últimas semanas. Puede hablar sin entrar en detalles, si quiere. Lo dicho, esto no es más que una verificación.

Sofía asintió. Su respuesta señalaba casi a gritos la segunda opción.

—De acuerdo. ¿De qué información dispone?

—Tengo entendido que Francisco acudió a usted a instancias del supermercado donde trabajaba antes de la cafetería, tras un episodio de ira,



acoso y agresión contra una compañera. Todo a raíz de la ansiedad que le generó perder a su madre. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. —Sofía torció el gesto, buscando las palabras adecuadas—. No entraré en detalles sobre la relación que ambos compartían, solo le diré que su vínculo era muy especial. Demasiado.

—¿En qué sentido? —insistió Lucas.

—Dependencia —confesó, con reticencia. Aun sin orden, estaba claro que no se sacaría al inspector de encima si no le daba algo. El repiqueteo de sus dedos contra el cuero comenzaba a ponerla nerviosa—. Le afectó tanto su muerte que hasta tuvo que abandonar la casa donde vivían, aunque tampoco fue capaz de venderla. La verdad es que no podía hacer nada sin ella; le costaba horrores relacionarse, sobre todo con otras mujeres. Tuvimos que trabajar muchísimo para modificar esa conducta.

«Y mira en lo que derivó», añadió en su mente, con ironía, al recordar su propia experiencia con Fran.

Eso le hizo percatarse de que, analizadas con perspectiva, el parecido entre ambas relaciones era sorprendente. A pesar de la coacción, Fran siempre había dependido en extremo de su madre. Normal que le hubiera ocurrido lo mismo con su terapeuta, más si al final la usó como nueva figura de referencia materna. Más tarde tendría que anotarlo en su estudio y reanalizar sus relaciones con sujetos anteriores, por si se le habían escapado patrones similares. Era un patrón de conducta interesante.

—¿Notó una mejoría en algún momento? —dijo el inspector, devolviéndola al presente.

—Sí. Conseguir el trabajo en El Grano Molido fue una victoria muy importante para él, aunque al principio le costó encajar. Era un puesto de cara al público, imagino que entiende a qué me refiero, dados sus antecedentes. —Lucas asintió—. Fueron meses duros, pero logró sobrellevarlo mejor de lo que esperaba. Incluso consideré darle el alta. —Sofía sonrió, sin ocultar su orgullo, aunque por motivos diferentes a los que quería



dar a entender—. Este último par de semanas Fran parecía más alegre y con más confianza de la que le había visto nunca. Me confesó que había estado tonteando con una compañera y...

Enmudeció y cambió su expresión por completo. El ceño fruncido del inspector, cada vez más marcado, le reveló que su actuación había conseguido el efecto deseado.

—Así que sí —terminó Sofía, más seca, con falso dolor—. Su estado de ánimo mejoró de manera excepcional justo cuando comenzaron los asesinatos. Era lo que quería confirmar, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Pues, si con eso es suficiente, tendré que pedirle que se marche. Por favor. —Hizo una pausa y añadió, con más suavidad—: Mi próximo paciente debe de estar a punto de llegar.

—Lo comprendo. —Lucas se levantó y cogió su abrigo—. Gracias por su tiempo.

El inspector se marchó enseguida. Sofía, al fin, pudo respirar hondo y liberar la tensión que se había acumulado en su cuerpo. No era la primera vez que le pasaba algo así, por lo que siempre tenía un plan de contingencia y respuestas preparadas por si se le presentaba la ocasión. En general, solía servir con eso; nadie más volvía a hacerle preguntas ni husmeaba más de la cuenta.

Pero ese hombre le daba mala espina. Su mirada, sus gestos o quizá la combinación de ambos con su aliento mal disimulado... No habría sabido explicar cuál le había causado más malestar. Por experiencia, sabía que el alcohol volvía impredecibles a las personas. ¿Y qué podía ser peor que un alcohólico descontento investigando por su cuenta? Eso en el caso de que no se estuviera equivocando y esa fuera la verdad, claro, ya que el descontento podría provenir de otra parte.

Por si acaso, encendió el ordenador. No podía arriesgarse a no investigarlo. A ver qué conseguía encontrar sobre él. Su próximo paciente no lle-



garía hasta dentro de un par de horas, y que fuera a tener más noticias de Sara hasta, como pronto, la mañana siguiente; esa noche no pensaba conectarse. Salvo que la mujer se arrepintiese de asesinar a su amante, claro.

Tenía tiempo.



CAPÍTULO 22.1

BrainMaster00:

Buenas noches, cariño, ya empezaba a pensar que hoy tampoco iba a verte por aquí.

¿Todavía sigues de fiesta?

GritaComoPuedas80:

Hola, Del.

SSofía se atragantó con el té.

¡¿Qué demonios?! Pero si Sara... ¿Cómo?

Se pellizcó el puente de la nariz para recordarse que no debía sucumbir al pánico y respiró hondo varias veces.

Conocía a Sara, su sujeto número doscientos treinta y tres, más de lo que ella se conocía a sí misma. Era imposible que hubiera averiguado que Sofía, su terapeuta, era «BrainMasteroo». No si estaba sola.

Le vino a la mente el inspector borracho. Por lo poco que había averiguado, al final lo había descartado como amenaza, pero ¿y si no había errado en su primer instinto? No debería haberlo borrado de la ecuación tan rápido.

Tras sopesar los pros y los contras, decidió jugársela. Necesitaba saber quién estaba detrás de la pantalla.



BrainMaster00:

¿Quién eres?

Su interlocutor se tomó su tiempo para responder. Demasiado.

BrainMaster00:

No estoy para juegos. Está claro que no eres «GritaComoPuedas80».

Contesta.

Quien fuera por fin se dignó a escribir. Sofía abrió mucho los ojos, incrédula, mientras leía, una a una, las frases que aparecían sin descanso en el chat.

GritaComoPuedas80:

¿Por qué me traicionaste, Del?

Me trataste mejor que madre, eras mi única familia.

Y siempre seguí tus consejos. Hice lo que me dijiste.

Así que, ¿por qué?

¿Tan grave fue lo de ese policía?

Lamento haberme dejado llevar por el miedo, pero me relacionó con las universitarias, tuve que hacerlo. Lo sabes.

Y dijiste que lo comprendías.

¡Se suponía que estaba arreglado!



BrainMaster00:

¿Fran?

GritaComoPuedas80:

¿Quién voy a ser si no?

No lo comprendo. ¿Por qué me disparaste?

Necesito respuestas, Del.

No podía, ¿verdad? Era imposible, descabellado, una locura.

Sacudió la cabeza, su parte racional la ayudó a mantener la mente en su sitio. Sí, no podía ser cierto. Vale que había nombrado su estudio como la diosa Aclis porque simbolizaba el sufrimiento humano, entre otras cosas, e invitaba a la reflexión sobre las consecuencias derivadas de las decisiones, pero de ahí a creer en ella o en cualquier otro suceso sobrenatural había un trecho inmenso. Ese discurso solo era una burda forma de querer asustarla y que cometiera un desliz.

Como mencionar a Fran. Se maldijo.

BrainMaster00:

JA.

Por un segundo casi me lo creo.

GritaComoPuedas80:

Eres injusta. ¿Por qué sigues castigándome?

BrainMaster00:

¿Y tú por qué sigues fingiendo ser alguien que no eres?

GritaComoPuedas80:

No finjo.



BrainMaster00:

No seguiré perdiendo el tiempo con un farsante.

GritaComoPuedas80:

No soy un farsante.

Creía que, a tu lado, mis días de dolor habían terminado.

Pero esto me duele, me duele mucho, Del.

Mucho más que cuando madre me encerraba en aquel armario.

Mucho más que cuando me impedía salir a jugar con los otros niños.

Cuando solo podía verlos a través de una rendija entre los tablones de mi ventana.

Creía que podía confiar en ti.

Pero traicionaste esa confianza cuando me metiste un tiro en la sien.

Necesito saber por qué.

Te lo suplico, Del.

Sofía se reclinó en el respaldo, indecisa quizá por primera vez en su vida. Eso no se lo esperaba. Se bebió lo que le quedaba de té de golpe y lamentó no tener nada más fuerte a mano.

Fran había sido como un corderito inocente y confiado, guiado al matadero. Su dependencia extrema había ayudado a que le contara todo sobre cualquier aspecto de su vida, con más pelos y señales de los que a veces le hubiera gustado escuchar. Si le hubiera dado esos detalles tan específicos sobre su infancia a alguien, se lo habría mencionado. De eso estaba cien por cien segura.

Por tanto, ¿de dónde narices había sacado ese farsante la información? ¿O acaso se encontraba de verdad ante el fantasma de Fran? Lo único que podía afirmar es que jamás aceptaría esa última opción sin pruebas.



BrainMaster00:

Interesante.

Muy interesante.

Te concedo el beneficio de la duda.

Si de verdad eres Fran, te espero donde todo comenzó. El lugar
donde conseguiste tu primera victoria.

En una hora.

A solas.

Si consigues llegar, hablaremos.

Se desconectó antes de que su interlocutor tuviera tiempo de escribir una sola palabra más. Si esa persona era capaz de averiguar que la madre de Fran fue su primera «victoria», que no fue víctima de un simple resbalón en la bañera, entonces estaría dispuesta a valorar lo imposible. A creer, incluso, si la lógica le impulsaba a ello.

Cogió su libreta y abrió el archivo que contenía su tesis. Su vida. Todavía tenía notas que actualizar y no podía desperdiciar ni un minuto si quería llegar con tiempo a su cita.

Sospechaba que no volvería a tener otra oportunidad.



MANIAC

LA CASA DEL THRILLER